

Escrituras



Justin Vernon en Barcelona en mayo

ALEX GARCIA

Como el invierno

IGNASI MOYA

Uno de los protagonistas de *Canciones de amor...* es un músico -Lee- de un pueblecito de Wisconsin -Little Wing- que triunfa con un disco del mismo título que la novela. Como quiera que el autor -Butler- coincidió en el instituto de Eau Claire (Wisconsin) donde estudiaba con otro músico que acabó triunfando, Justin Vernon -Bon Iver en lo artístico-, las especulaciones no se hicieron esperar.

¿Son Lee y Justin la misma persona? En palabras del autor, ni sí ni no ni todo lo contrario: el personaje de Lee está "inspirado" en Vernon pero "obviamente no está basado en él". En cualquier caso, las similitudes existen y no son menores: ambos graban su disco aislados en el campo tras una crisis personal. Vernon en una cabaña, Lee en un gallinero...

Y, ¿a qué suena la música de Bon Iver? La respuesta, para quien no lo haya escuchado nunca, se puede encontrar en la novela de Butler, o lo que es lo mismo, en la ficticia música de Lee: "¿Cómo es tu música?" le pregunta uno de los personajes a Lee, y tras mirar a las nubes este responde: "No lo sé. Como el invierno quizá". Pues exactamente eso. Como el invierno. Especialmente el primer álbum de Bon Iver, *For Emma, forever ago* (2007), ese que grabó en solitario en la cabaña de Wisconsin, encerrado allí tras la disolución de su anterior banda, una ruptura sentimental y afectado de mononucleosis hepática... Unas canciones que contienen toda la belleza de la melancolía, desnudas, de instrumentación sutil -a menudo sólo unos acordes de guitarra-, de voces hirientes... pero cautivadoras como la contemplación de la nieve al caer. Después llegó un segundo disco homónimo (*Bon Iver*, 2011), que cimentó la fama, con premios Grammy incluidos.

Perfil Nickolas Butler se suma a la corriente en auge de la narrativa rural con la historia de cuatro amigos fieles al pueblo de infancia. Y sus altibajos

Butler: Wisconsin es el cielo

ANTONIO LOZANO

1 En la película *Beautiful girls* de Ted Demme, con la que *Canciones de amor a quemarropa* comparte inquietudes y tono, Paul, uno de los miembros del grupo de rústicos y sanos amigos varados en su pueblo natal de Knights Ridge (Massachusetts), le decía a Kev: "¿Ves a esos tipos: Pete, Rizzo y Sammy B? Llevan cuarenta años trabajando todo el día y bebiendo toda la noche. (...) Si no damos un paso adelante, vamos a acabar como ellos".

A lo que Kev responde lacónico: "Guay".

¿Pero y si el plan verdaderamente guay fuera hacer de ese bucle laborioso-etílico la perfecta forma de vida? Esta es una de las cuestiones latentes en la primera novela de Nickolas Butler, que explora las turbulencias que afronta un cuarteto masculino, unido por una amistad cultivada desde la infancia en un entorno agrario y tan previsible como un semáforo -Little Wing, un pueblo ficticio de Wisconsin-, cuando la edad adulta hace aflorar las dudas, las cuentas pendientes,

el resentimiento y el vacío. Butler ha escrito una oda a los buenos amigos (y a los bellos agujeros donde echan raíces y a los antros con dardos y música en directo que los atan) o, más bien, una elegía a la capacidad de soldar las fracturas que los años causan en las articulaciones de los hombres. Dos modelos de éxito fuera de la burbuja -un cantante de rock de fama mundial y un agente de bolsa en Chicago- y dos humildes fieles al terruño -un granjero y un vaquero de rodeo- se reparten la voz cantante en capítulos alternativos, junto con la mujer de uno de ellos y fugaz amante de otro. Recuerdos, peleas, infidelidades, traiciones, culpa, reconciliación y la lucha por no olvidar que la identidad está en la fraternidad. "Me interesaba en tratar cómo la amistad evoluciona con el paso del tiempo -cuenta el autor por e-mail-. Durante la infancia viene dictada por la proximidad y quizás por los intereses comunes. Cuando entramos en la madurez afloran emociones más complejas que ponen a prueba la



PATROCINADO POR



lealtad de nuestra juventud. Los celos y la frustración comienza a corroer aquellos lazos naturales. Quería mostrar cómo, pese a ello, la amistad adulta puede perseverar”.

Aún cerca de chapotear en el sentimentalismo en algún que otro momento (estamos sin duda ante una *feel good novel*), Butler consigue sus más inspirados momentos al radiografiar esos vínculos entre un cuarteto de muy disímiles caballeros. Puntualizando a Rilke, la verdadera patria del hombre no es la infancia sino los amigos de la infancia. El lector comprende y se encariña de aquellos que la mirada cómplice del personaje femenino en discordia define como “esos hombres que habían crecido juntos, que comían la misma comida, que cantaban en los mismos coros, que habían salido con las mismas chicas y que respiraban el mismo aire. Se relacionan con un idioma propio y exhiben sus propias señales invisibles, como los animales salvajes”.

2. De tener que escoger una única característica que represente a Nickolas Butler e imante su obra segu-

Oda a los amigos, y a los agujeros donde echan raíces, y a los antros con música en directa que los atan

ramente acertaríamos al decantarnos por su apego a la tierra que lo vio nacer. Posee dieciséis acres de terreno en Wisconsin, colindantes con una granja de búfalos. “Cada mañana bebo café y observo a los pavos salvajes cruzar mi propiedad. Puedo encender una hoguera cuando desee, observar las estrellas y practicar esquí de fondo. ¿Por qué querría vivir en otro sitio”. En su extasiada rendición a la naturaleza *Canciones de amor...* be-

be del trascendentalismo americano más genuino y entronca con ese resurgir neorruralista de las letras del que hace poco se daba cuenta en este suplemento (*Cultura/s* n.º 635). Por sus páginas, donde los narradores caen en una cálida ensoñación al describir campos de labranza, senderos nevados o viejos silos de cemento y madera desde los que soñar bajo cúpulas tachonadas de estrellas, resuenan ecos de Jim Harrison, Annie Proulx, James Galvin, Wallace Stegner y un largo etcétera.

“Era importante para mí que los lectores pudieran ver y oler Wisconsin. Quería que entendieran los largos y fríos que son sus inviernos, que olieran el abono de las vacas, las manzanas recién caídas del árbol o la hojarasca en otoño. Si estos dones reflejaban o tenían su correspondencia con la personalidad de mis personajes lo considero un accidente maravilloso”.

3. Desde el punto de vista del *hometown* en clave autobiográfica, la novela de Butler funciona como el reverso luminoso de *Las correcciones* de Jonathan Franzen. Si esta golpeaba con una mirada rencorosa y cinica sobre el Medio Oeste, símbolo de una prisión hecha de mentes estrechas que se ha dejado atrás para abrazar la civilización que brinda la gran urbe, *Canciones de amor...* encuentra en el Medio Oeste el refugio y el garante de los principales valores humanos, al tiempo que la ciudad es donde estos se vician y se corrompen. Hay un momento en que, tras pasado por el espíritu de Thoreau o Emerson, el autor llega a dibujarlo como una suerte de Arcadia en la que Estados Unidos recuperan su versión más celebratoria.

A fin de cuentas, Franzen marchó a Nueva York mientras que Butler sigue saludando cada mañana a pavos salvajes y búfalos. |

Nickolas Butler
Canciones de amor a quemarropa
Traducción
de Marta Alcaraz

LIBROS DEL ASTEROIDE
336 PÁGINAS
21,95 EUROS

Una granja en Wisconsin
CETTY IMAGES

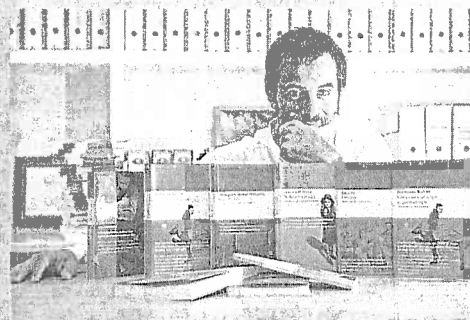
Latidos

‘Hat-trick’ Luis Solano

SERGIO VILA-SANJUÁN

Entre las novelas de este 2014 que más me han gustado –y que más se han comentado por ahí– figuran nada menos que tres del sello Libros del Asteroide. De la primera, *Melisande! ¿Qué son los sueños?*, algunos discuten el título, pero muy pocos el contenido. Representa el debut narrativo del escritor judío, nacido en EE.UU. y hoy residente en Israel, Hillel Halkin, quien la publicó con setenta y tres años. Una historia de amor y formación, que equilibra con mano maestra la parte culta y la vivencial. Y un sereno repaso a los deslumbramientos y amarguras del pasado desde la edad madura, con autenticidad poco frecuente. Para mí es tan bueno como James Salter, pero sin el regusto amargo. *Melisande!* se ha convertido en una favorita de los libreros.

La segunda, *Qué fue de Sophie Wilder*, se debe a un autor joven, Christopher R. Beha, y demuestra que la sombra de Scott Fitzgerald es alargada. El



Solano, en la sede de Libros del Asteroide

ROSER VIALLONGA

bien caracterizado mundillo universitario neoyorquino y los círculos católicos de la metrópoli albergan una historia de amor idealizado e imposible, sin que falten el humor ni el costumbrismo.

La tercera, *Canciones de amor a quemarropa*, la comenta Antonio Lozano en las columnas contiguas. También de autor joven, enlaza con el boom de la narrativa rural en auge y con los melodramas de amigos que han marcado el cine yanqui reciente.

Tres novelas literarias a distintos niveles, atractivas para públicos amplios, que tienen en común la mirada entre nostálgica y melancólica a los amores de la juventud desde puntos de vista contrastados.

Estos y otros aciertos han ido haciendo de Luis Solano uno de los editores de moda, a pocos meses de que su editorial Libros del Asteroide cumpla diez años de existencia. Tras pasar por el grupo Planeta, donde se ocupó de libro electrónico y marketing directo, Solano creó Asteroide con la idea de “impulsar una marca editorial fuerte en torno a un catálogo literario” –según comenta– y la siguiente filosofía inicial: “una única colección, énfasis en los clásicos modernos, proporción ficción/no ficción, diversidad en las literaturas representadas en el catálogo, traducciones impecables, buscar libros con historias potentes, calidad literaria alta, libros conmovedores, entretenidos y que amplíen la visión del mundo”.

Ha sido uno de los editores comprometidos en la recuperación de la obra del periodista andaluz Manuel Chaves Nogales –*El maestro Juan Martínez* figura entre los principales best sellers de la casa, junto con *El quinto en discordia* de Robertson Davies– y cuenta en su catálogo con otras firmas como Miguel Barnet, Peter Cameron, Valentí Puig o Isaac de Wagenstein. En los últimos meses ha sonado como candidato a asumir la dirección literaria de Anagrama cuando Herralde se jubile. Una posibilidad respecto a la que Solano se limita a comentar que “después de todo el esfuerzo invertido, Asteroide y yo nos hemos convertido en indivisibles”.

